

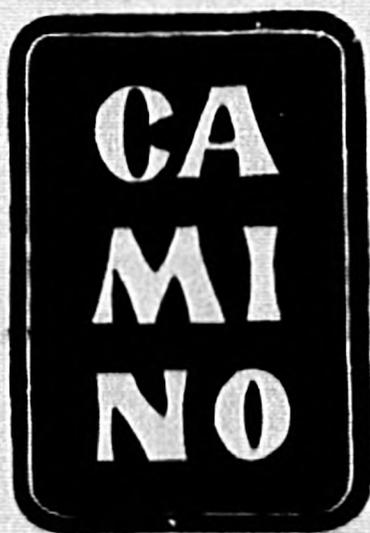
Sobre la Formación de Grupos Apostólicos

CARTA PASTORAL

DEL

Excmo. y Revdmo. Sr. Dr. D. Pablo Barrachina Estevan

OBISPO DE ORIHUELA



SUPLEMENTO al n.º 23

NOVIEMBRE de 1956

NOS, EL DOCTOR DON PABLO BARRACHINA Y
ESTEVAN, por la gracia de Dios y de la Santa
Sede Apostólica, Obispo de Orihuela.

A nuestros amados Sacerdotes y queridos Hijos:

Conciencia de nuestra responsabilidad social

El hombre, desde que nace, tiende, instintivamente, a su conservación. Y, desde que razona, busca, reflexivamente, la solución de sus problemas. Y hasta se adelanta a los acontecimientos para que no le sorprendan. El cuidado de su salud; la educación y formación espiritual; el trabajo y el ahorro, son elementos que le hacen mirar y esperar el porvenir con sosiego y calma. Son como su providencia.

Sin embargo no ocurre lo mismo socialmente. Somos tan «nuestros» tan egoístas, que no nos preocupa sino lo individual, y, a lo sumo, lo familiar. «Lo mío» forma la tesis. «Lo demás» es la antítesis, que me contradice, me destruye. Es mi enemigo. De aquí la facilidad con que sentimos todos la envidia. Y aun en el caso que le hayamos vencido por la ascesis cristiana, todavía no habremos llegado a la solidaridad y unión caritativas. A la envidia, vencida, sustituirá la frialdad e indiferencia. Debiendo vivir unidos, por necesidad y por caridad, somos antisociales por egoístas.

Desde otro ángulo, mientras lo vital y hasta supérfluo nuestro nos preocupa, lo ajeno procuramos no sentirlo. Es enemigo de nuestra fe-

licidad y de nuestra comodidad. «Eso—decimos— a mí no me importa».

Supuesta esta postura, se explican con evidencia los estragos que están produciendo los males sociales. Corren sin dique. Aumentan sin oposición. No caen bajo mi responsabilidad, porque son de todos. Y el ambiente general, malsano, pestífero, nos envuelve en su atmósfera degradándonos.

Y entonces empezamos a pensar, por cobardía, que es imposible detener el mal. O, como todos los filósofos del evolucionismo exagerado e historicismo, que es sino fatal de la historia. Empezamos a transigir por comodidad o egoísmo, y terminamos creyendo que aquello no puede ser de otra manera.

Debemos reaccionar todos, en nuestra esfera, contra este mal general. Y lo primero, pensando que vivimos en sociedad por voluntad de Dios, y, por tanto, para ayudarnos en lo técnico, en lo moral, y en lo espiritual. Esta debe ser nuestra manera de pensar, y ésta, nuestra conciencia de responsabilidad. Sin este espíritu—criterios y conciencia—la acción colectiva es imposible.

Doctrina de Cristo

Aparte de que todos somos hijos del mismo Padre que está en los cielos; de que tenemos la misma naturaleza; y de que no podemos satisfacer nuestras necesidades sólo por nosotros mismos, Cristo y la Iglesia han enseñado siempre lo mismo.

La Redención es el gran principio de solidaridad (1). «El amor de Cristo nos apremia—dice San Pablo (2)—cuando consideramos que Uno murió por todos, que consiguientemente todos murieron; y que Uno murió por todos a fin de que quienes viven no vivan ya por sí mismos, sino por Aquel que murió y resucitó por ellos». Mayor unión y solidaridad, no se puede encontrar: la muerte y la vida de Cristo son la muerte y la vida nuestras. Todos morimos y vivimos en El y por El.

Muerte y vida, que son la razón de nuestro amor a Cristo, y de un amor apremiante. Y que nos debe conducir con urgencia a la unión con nuestros hermanos, por quienes debemos

estar dispuestos—otros Cristos—a dar la vida (3). «Aquel que no conocía el pecado—dice el mismo Apóstol—Dios lo hizo pecado por nosotros, a fin de que nosotros viniésemos a ser en El justicia de Dios» (4). Jesús no es ni pecador ni pecado, personalmente. El pecado se extiende de los hombres a Cristo, Jefe, Representante de la Naturaleza Humana. Y, en El, y por El, somos, después, justicia y santidad (5). No hay—diremos para condensar el pensamiento paulino—sustitución de personas, sino solidaridad. Efectivamente, Cristo, Verbo hecho carne, en todo semejante a sus hermanos (6), tomó «nuestros» pecados para que participemos de «sus» Justicia. Esta fue la Redención, la Obra Social por excelencia de la cual reciben origen, estímulo y eficacia todos los demás. Cristo fue por nosotros; vivió por nosotros y murió por nosotros. Y Cristo y la Iglesia forman el mismo Cuerpo Místico (7).

Esta unión es la que, preferentemente, nos

(1) Prat Ferdinand, S. J., La Teología de S. Pablo, 2.ª parte, pág. 233 y siguientes.

(2) II ad Cor. V. 14-15.

(3) I Joaa. III, 16.

(4) II ad Cor. V, 21.

(5) Prat Ferdinand, S. J., o. c. segunda parte, pág. 237 y 238.

(6) Ad Hebreos, II, 17.

(7) Ad Rom. XII, 5.

quiso enseñar en la última Cena, como concreción de su apostolado. En ella ruega por su propia glorificación; por sus apóstoles y por los que han de creer por su predicación (8). Y su oración, intensa, infinita, tiene un fin total, «ut omnes unum sint», que todos seamos una cosa. Más, no se puede desear, ni se puede pedir, unidad de todos en Cristo. He aquí el objeto y fin de su oración (9).

¿Pero cómo y cuándo conseguiremos este fin...? De la misma manera que la unidad y solidaridad es fin de su oración, es medio para conseguirla. Los apóstoles, los sacerdotes y los colaboradores todos de la Jerarquía no conseguirán frutos sociales de santificación sino en la medida de su unión con Cristo, y, por

El, entre sí. Mirad cómo se aman, decían, edificadas, las gentes, al ver a los cristianos tan hermanados. Y es que antes había dicho Cristo: «que también ellos sean uno, para que el mundo crea que Tú me has enviado» (10). Si, pues, no vivimos unidos o no trabajamos, sincronizadas nuestras fuerzas, tal vez tendremos que dudar, no sólo de los frutos, sino de la verdad de nuestros afanes apostólicos. El Maestro estimó como su primera enseñanza, que estuvieran compenetrados con su Persona, y vivió siempre con ellos. Trabajó denodadamente contra las rencillas y envidias mutuas apostólicas. Y sus últimas palabras fueron: de amor, de unión, de solidaridad. Después... su muerte. Y por nosotros.

Minorías

La solidaridad, predicada y enseñada por el divino Maestro, es necesaria. En el plano natural y en el sobrenatural. Y en el apostólico. Precisamente a la sociedad le falta el elemento formal, mientras los individuos, los socios, no conspiran, no unen sus fuerzas por la consecución del fin. A la yuxtaposición de los miembros ha de suceder la cooperación. Es más: todos, socialmente, deben formar una unidad, que será la característica para conocer la perfección de tal agrupación, pueblo o nación. Por eso, los tratadistas distinguen la unidad individual o física, la doméstica o familiar y la política o pública (11). Esta es, precisamente, la función de la autoridad: hacer de la multitud, unidad.

Para esta función de la autoridad, que las resume todas, no basta un hombre. El superior, el jefe, el que manda, necesita de la ayuda y colaboración de unos subalternos, especialmente dotados o cualificados. Nuestro Balmes dijo certeramente: «entre el monarca y el pueblo son necesarias clases intermedias... La nobleza cayó por lo que decaen cualquier clase seglar; por ir perdiendo la superioridad de inteligencia y fuerza, la superioridad de dirección» (12). Y si esto es fuerza que ocurra en la monarquía, con mucha más razón es ley de gobierno en las otras formas generales, aristocracia y democracia (13). Y es ley de toda sociedad, civil o eclesiástica.

La historia de todos los tiempos y latitudes nos hablan de la misma unión y colaboración

de los principales. Cuando los pueblos se dedican, especialmente, a conquistar y defenderse, tribus de guerreros, se forman los consejos de guerra. Esta aristocracia se extiende, después, a toda clase de negocios. Así nos refiere Tácito que ocurría en los Germanos primitivos. Recordemos a los «Quiritius» de Roma; los «comicios paludata» de Polonia; la época de los Merovingios. Modernamente los conocemos la historia de las sociedades. Cuando, por el contrario, el rey es absoluto, sin otro interés que el particular, y con desprecio de estas minorías, se convierte en tirano. Si las aristocracias forman grupo, cerrado, en aras de su bien particular, se mudan en oligarquías. Y las repúblicas, sin cabezas rectoras del bien común, se cambian en demagogías (14). Profundicemos en la razón de estas verdades sociales.

Entre los que mandan y los que obedecen, ya se trate de una sociedad particular o pública, suele haber mucha distancia. ¿Cómo se salva? Con las minorías. Ellas deben colaborar, oficialmente o particularmente, para la mejor inteligencia de los principios sociales; en la concepción de normas obligatorias; en su modo de ejecución. Deben tratar con él de abajo, para que entienda la mente del legislador. Deben formar la opinión pública, valiéndose de todos los medios. Deben, por fin, conseguir la disciplina total. Hacer, así, de la multitud, unidad. Tarea árdua y difícil pero necesaria. Labor de aristocracia de espíritu.

Es, además, corriente natural, que siempre

(8) Joan. XVII, 20

(9) Bover, S. J., Comentario al Sermón de la Cena, B. A. C., pág. 216.

(10) Joan. XVII, 21.

(11) Taparelli, Ensayo de Derecho Natral, T. I, c. VIII, n.º 492

(12) Balmes, El Protestantismo comparado con el Catolicismo, c. 59, pág. 641.

(13) Aristóteles, Obras Completas, Ed. Anaconda, T. I., pág. 605.

(14) Aristóteles, o. c., pág. 606.

va de arriba abajo. Lo bueno, lo mismo que lo malo, se contagia, se propaga, pero a condición de que resulte interesante. Y lo interesante nunca es cosa de la masa, del vulgo. Por eso, la verdad lo mismo que el bien debe prender en estos grupos influyentes, que de ellos saltará necesariamente a las multitudes.

Para ello, es fundamental que los selectos, por eso lo son, sean hombres de ideas, no de intereses bastardos o miras particulares. Las ideas están por encima de los partidos (15). Ideas unificadoras, religiosas por tanto. Que se refieran a Dios, al hombre, a sus relaciones mutuas. En toda cuestión, lo político es la forma, lo social es el fondo (16). Y, llevando las cosas a sus últimas causas, no pueden haber soluciones ni orientación de problemas sociales sin principios metafísicos y teológicos (17).

Pero, además, como ha dicho Pío XII (18), estamos perdiendo el sentido de las verdades de un orden superior. El progreso científico-técnico y económico las está desplazando. Pareció a muchos que no las necesitábamos y luego se las negó.

Sin embargo estas verdades metafísicas y teológicas son el sostén y fundamento de nuestra vida individual y social. Y, por tanto, las más formativas de nuestros hombres públicos.

Hombres de ideas sociales. Y en esta materia, por falta de unión con las teológicas, hay mucha desviación y errores muy lamentables. No es difícil encontrar católicos, aparentemente bien formados, enemigos de la doctrina social de la Iglesia. Estos hombres, influyendo en la sociedad, de una manera u otra, hacen un mal extraordinario.

La Ética enseña que el fin del Estado es la prosperidad pública. Pero esta frase «prosperidad pública» no es de fácil inteligencia práctica. Unas veces, creemos que lo público es el Estado; otras, eliminamos a la clase obrera o a la clase media; y en algunas circunstancias lo público son nuestros amigos o nuestra camarilla. Y en contadas ocasiones damos al vocablo prosperidad toda su universalidad significativa. Es verdad que el Estado debe entender inmediatamente en los bienes externos. ¿Pero la honestidad y buenas costumbres públicas no son también bienes externos? ¿La cultura no tiene igualmente este sentido? La filosofía materialista lo ha invadido todo y no

entendemos como prosperidad más que el dinero y los refinamientos de una vida cómoda.

Oigamos al Filósofo (19): «El Estado no es más que una asociación en la que las familias reunidas por barrios deben encontrar todo el desenvolvimiento y todas las comodidades de la existencia; es decir, una vida virtuosa y feliz. Y así la asociación política tiene ciertamente por fin la virtud y la felicidad de los individuos y no sólo la vida común». E insistiendo en la misma definición dice más adelante (20): «El Estado más perfecto es evidentemente aquél, en que cada ciudadano, sea el que sea, puede, merced a las leyes, practicar lo mejor posible la virtud y asegurar mejor su felicidad».

Cabría preguntar, a la luz de estos principios: ¿se entiende así por muchos la noción de Estado? ¿Es fácil la virtud en la sociedad actual? ¿Encuentra el vicio la sanción correspondiente? Respondemos, haciéndonos eco de los mejores y en defensa de nuestra Religión Católica, que no. No es empresa sencilla, socialmente hablando, conservar la santidad del matrimonio. Es tarea árdua, por no decir imposible, que la niñez se conserve pura, inocente y feliz. Es problema ingente que la juventud llegue al matrimonio lozana e inmaculada.

La virtud practicada públicamente es el primer derecho y la primera obligación social. Y, sin embargo, no es raro oír que todos tienen derecho a divertirse y que debe haber diversiones para todos. Y se multiplican, bajo este principio, los escándalos más vergonzosos.

A la masa hay que formarla y educarla. Y no se le forma, dejándola a merced de la inmoralidad y del atrevimiento.

Pero, además, queremos que también los humildes y modestos tengan acceso a las alturas y participen, en su justa medida, de la responsabilidad y dirección. Y esto no se puede conseguir extraviando sus ideas y corrompiendo sus costumbres. (21). «Donde hay religión y moral no son temibles las formas populares más bajas». (22).

Hacen falta, en una palabra, grupos selectos, capaces de ayudar al que gobierna y de formar al que obedece. No grupos para entabazar, con posturas cómodas, la corriente heterodoxa y corruptora.

15 Balmes, Obras Completas. B. A. C., T. VI, pág. 867.

16 Balmes, o. c., pág. 61.

17 Donosc Cortés, Ensayo sobre el Catolicismo, tercera edición, p. 12.

18 Pío XII, Discurso a los graduados de A. C., 24-V-53, Pío VII, por un mundo mejor, pág. 378.

19 Aristoteles, o. c. T. I. L. III, cap. V.

20 Aristoteles, o. c., I. c., L. IV, Cap II.

21 Balmes, El Protestantismo comparado con el Catolicismo. B. A. C. p. 720.

22 O. c., pág. 566.

Metas a conseguir

Si analizamos la razón de plenitud del siglo XIII, la encontraremos en su madurez espiritual. Si, por el contrario, ponderamos las causas de la decadencia de la Edad Media, frente a manifestaciones inequívocas de progreso, veremos cómo se resquebrajó la unidad de doctrina, la unidad de disciplina y la unidad de organización. (23).

Durante mucho tiempo España ha vivido en entredicho nacional e internacional, ha sido algo sin resolver. (24). Por esta debilidad interna ha bastado cualquier circunstancia para que se produjera un sacudimiento, una convulsión, un cambio político y religioso. (25). Razones, las mismas en el fondo. Dueños, históricamente, de una doctrina maravillosa, encarnada en el pueblo español, desde su nacimiento, y con trascendencia orientadora de todos los problemas sociales, hemos buscado otras, de derrota y desastre. Y lo más sensible es que los que conocían la Verdad, no supieron unirse para imponerla, dejando que los heterodoxos disertaran y enseñaran el error, incluso como remedio de nuestros males sociales. Pasó el tiempo. Y otra vez la experiencia y la desgracia han sido nuestros mejores maestros. (26).

Hace falta que los católicos se formen en espíritu de sociedad. (27). Antiguamente teníamos que luchar para ello contra el individualismo. Hoy, despersonalizado el hombre moderno por la mecanización de la sociedad, todo se espera del Estado (28). Y muchas veces, todo se espera de la Iglesia, entendiéndola por Iglesia al Episcopado y a los Sacerdotes. Todos somos sociedad; todos somos Iglesia. Y todos debemos tener este espíritu, punto básico para empezar a trabajar con responsabilidad. Da pena cómo, ante problemas ingentes, que reclaman la ayuda de todos, se inhiben muchos ciudadanos y muchos católicos, diciendo: «¿qué hace la Iglesia... qué hace el Estado?» Los que estamos colocados en puestos de responsabilidad tenemos mayor obligación; pero a todos nos debe urgir la sociedad, su bien o su mal, porque todos somos miembros.

Sentida esta obligación y necesidad, es urgente formar grupos de selectos. Pío XII dice a este respecto: «Y puesto que el desorden

no puede ser vencido sino por el orden... no se puede esperar ni iniciar la salvación, la renovación y una progresiva mejora si numerosos e influyentes grupos humanos no se vuelven a la recta ordenación social» (29). Y más recientemente dice: «Y realmente Jesucristo, como en un principio envió a su Paráclito sobre los primeros Apóstoles, así también en esta época da direcciones definitivas para la Historia de la Iglesia, haciendo leva de grupos cada vez más numerosos de apóstoles, a fin de renovarlos y transformarlos en constructores capaces y entusiastas de un Mundo distinto y mejor» (30).

El trabajo en grupo se impone. ¿No veis prácticamente cómo os desanimáis y dejáis las armas ante cualquier mal que corregir, si sois pocos? Pero no es sólo por vuestro estímulo sino también por la eficacia de la acción. Muchas veces, ante cualquier escándalo, la única razón aparente que se opone es esa, la del número. Lo quieren muchos, ¿qué vamos a hacer?—se dice. Si la justicia y la moralidad no les convence, debe vencerles la fuerza moral del otro grupo, numeroso y más cualificado. Debe haber en cada pueblo, en cada ciudad, en cada Parroquia, un grupo selecto, de militantes, dispuestos a oponerse a la acción de la inmoralidad. No deben tener más decisión que vosotros, porque sois los portadores de la verdad y de la justicia. El día que esto se haya conseguido, habremos empezado a ganar nuestro pueblo. Y viviremos en paz contra el demonio de la injusticia y de la inmoralidad.

Estos grupos serán preferentemente de dirigentes, en sentido amplio. Los que tienen condiciones y cualidades de directores y jefes, merecen especial atención. Ellos, entre los de su clase, ejercerán singular atracción, y, consiguientemente, su labor será profundamente proselitista y apostólica.

Debe haber selección de intelectuales (licenciados, médicos, ingenieros), de patronos, de obreros, de padres y madres, de jóvenes estudiantes, etc. Y cuando su nivel intelectual sea mayor hay que dedicarles mayores atenciones. No gastemos nuestras fuerzas sin estudiar previamente, en qué frentes y en qué sujetos o

23 Belloc Hilaire, *La Crisis de la Civilización*, pág. 124-130

24 Muchos son los capítulos y obras que han tratado sobre este tema.

25 Balmes, *Obras Completas*, B. A. C., T. VI, situación de España, p. 17-65.

26 Balmes, o. c., I. c., página 82.

27 Pío XII, *Cincuentenario de la Rerum Novarum*, *Colec. de Encíclicas y Documentos Pontificios*, 5.ª edic., traducción e índices por Mons. Pascual Galindo, pág. 466, núm. 4.

28 Pío XII, *La Esperanza de Cristo*, o. c., pág. 14-24, núm. 11-15.

29 Pío XII, *Rm. de Navidad del 21-XII-42*, o. c., pág. 210, núm. 7.

30 Pío VII, *A los Graduados de A. C. 24-V-53*, Pío XII por un mundo mejor, P. Lombardi, pág. 377.

personas hace más falta y tendrá un mayor provecho.

«Acción y no lamentos, ha dicho Pío XII: tal es la consigna de la hora presente; no lamentar lo que es o lo que fué, sino reconstruir

lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad. A los mejores y más selectos miembros de la Cristiandad, animados por un entusiasmo de cruzados, toca reunirse en el espíritu de verdad, de justicia y de amor» (31)

Consigna para este Curso

Nuestro Santísimo Padre Pío XII, el 12 de octubre de 1952, en su discurso a los Hombres de A. C. I., en el XXX Aniversario de su Unión, manifestó deseos ardientes de que el movimiento del Mundo mejor, trascendiera a todas las Diócesis. Era el segundo tiempo. El rostro de la ciudad, aun externamente, debe aparecer fúlgido de santidad y de belleza, decía.

Aquellos afanes, llenos de optimismo, han oreado todas las latitudes, todas las comarcas, los rincones todos de las naciones católicas. Y lo que podía parecer utopía, la palabra cálida del Padre común nos lo ha hecho sentir como esperanza cierta. Nuestras fuerzas, todas, serán derrotadas. Lanzadas por el Espíritu de Dios serán lenguas de fuego que todo lo abararán.

El Romano Pontífice habla del rostro de la ciudad, incluso externo. Tú lo conoces. Lo ves todos los días. Te encuentras con él en la calle, en el templo, en el trabajo. Es el ambiente, el clima moral, espiritual y social de tu pueblo. Por él, te sientes como forzado a obrar el bien o el mal. Porque es ésa la atmósfera que se nos entra por los sentidos y empapa nuestra alma.

La consigna de este Curso empieza aquí. Mira, contempla el rostro de tu pueblo, de la Diócesis. ¿Cómo es, cómo lo encuentras? Para ello se hace necesario concretar y llegar hasta la estadística. Hace falta conocer el grado de instrucción religiosa de la sociedad, de tu Rama; discernir su moral colectiva; saber qué frecuencia y qué fervor existe en la recepción de sacramentos, o lo que es lo mismo, qué estima tienen de la vida de gracia. En una palabra: qué empresas deben emprenderse, te-

niendo presente que son más urgentes, las más universales y necesarias. Selección de obras.

Por otra parte, y como el abandono social es mucho, debemos conocer los pecados y escándalos públicos. En su número, épocas en que se suceden y transcendencia que tienen.

Contemplado así el rostro en su realidad social, estudiar proyectos; provocar encuestas; ensayar procedimientos, para hermosarlo. Medios más adecuados.

Podemos mucho los católicos, unidos. Y a esto hay que referir la última parte y más importante de la consigna.

Conocer las fuerzas que tenemos.

Seleccionarlas absolutamente y con relación a las diversas tareas.

Unirlas estrechamente.

Lanzarlas a objetivos concretos.

Es hora de que empecemos a conocer nuestros pueblos por los grupos apostólicos de que se dispone. Por los frutos los conoceréis. Alrededor de los Párrocos, junto a los Centros, sirviendo de núcleo cualquier miembros de A. C. o de Congregaciones Marianas. El que es, debe obrar, y socialmente. Debe aglutinar. Debe poner a otros en movimiento hacia una meta. Esta es la consigna del presente Curso: formación de grupos apostólicos, que cambien el rostro de la sociedad.

Con estos deseos, y como p'nda de gracias celestiales, os bendecimos en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo †

† PABLO, Obispo de Orihuela

Orihuela, 30 de septiembre de 1956.

(Coméntese en los Retiros Sacerdotales y
Círculos de estudio de la Acción Católica).

31 Pío XII, Rm. de Navidad del 24-XII-42, Colec. de Encíclicas y Documentos Pontificios, 5.ª ed., traducción e índices por Mons. Galindo, página 216, núm. 20.

